

ENTRE EL IMPRESIONISMO Y EL "CABRERISMO", JOSE MATAIX



«Camino invernal», óleo de Mataix.

El impresionismo en Alicante, o quizá mejor el llamado neoimpresionismo con derivaciones variadísimas, puede advertirse y señalarse a través de un reducido grupo de pintores que cabalga a lomos de dos siglos: los años finales del XIX y el primer cuarto del siglo XX.

En Alicante capital, está bien claro que la inquietud plástica la ha sembrado Lorenzo Casanova a través de su propia «Academia», en la que se han formado —al menos han iniciado su andadura— hombres que han de tener interés excepcional en el contexto de la cultura localista, algunos de ellos con renombre regional y proyección en todo el país.

En Alcoy, que es un importante foco pictórico, la herencia «cabrerista» es bien notoria. Fernando Cabrera Cantó junto a Laporta Valor —si bien éste muere tempranamente, en 1914— crea una «escuela» que al igual a la «casanovista» está permanentemente influyendo en sus alumnos y seguidores.

Por otra parte, los contactos más allá de estas fronteras meramente alicantinas son evidentes. La «manera» de pintores como Sorolla, Pinazo, Francisco Domingo... o de los catalanes Mir, Rusiñol, Meifrén, etc., se deja sentir por estos lares, y en ocasiones, de algún modo se acusa su peso en determinadas obras.

Del grupo «alicantino» relacionado directa o indirectamente con Casanova cabría tener en cuenta a Adelardo Parrilla Candela (1877-1953); al pamplonico Lorenzo Aguirre Sánchez (1885-1939), que derivará en busca de otras expresiones estéticas, como la escenografía, la caricatura y el cartelismo; a Andrés Buforn Aragonés (1877-1943), entre otros, y de una manera muy especial, subyuga la figura de Emilio Varela Isabel (1887-1951), que si bien comenzó sus estudios con el maestro Casanova Ruiz, se hizo pintor con Parrilla y con los estímulos que Sorolla le proporcionaba en las visitas que éste efectuaba a Alicante, aunque podría decirse que Varela se hizo a sí mismo con su trabajo diario y sus reiteradas presencias en certámenes nacionales y muestras colectivas de diferente índole (1).

También caso aparte es el del ilicitano Vicente Albarranch Blasco (1898-1940), pintor sugerente, que según propia confesión, se forma tras un arrendizaje que él mismo se impone: «En los puntos de mi residencia —dice en una carta autógrafa que poseemos fotocopiada— no había academias oficiales, y la Academia donde yo aprendí, la Naturaleza. no expide títulos ni certificados de aptitud...». Albarranch será eminentemente paisajista, y entenderá esta temática dentro de unos cánones amplísimos, usando de la pasta con mucha prodigalidad.

Pero... regresemos a Alcoy, vayamos a la ciudad del Serpis. Por supuesto que el nombre de Emilio Sala Francés (1850-1910) está presente y vivo en sus contemporáneos y también su obra se muestra fresca, lozana, arrebatadamente valiente, incisiva, tremendamente razonada y, a la vez —y no es una contradicción— espontánea, liberada de ataduras o normas y preceptivas plásticas.

(1) ARMENGOT, FRANCISCO, *Impresiones sobre Emilio Varela*. Alicante, Revista "Sureste". Imp. S. de Such. Serra y Cía., 1958, pp. 39-49.

Emilio Sala fue un pintor que, arrancando del cuadro histórico, de las telas con «argumento», pronto deriva hacia otros derroteros respondiendo admirablemente bien, con alta dignidad, a las exigencias de sus días y a los cambios estéticos de aquellos momentos. Sus retratos —algunos de ellos en el Museo de Valencia (2)—, y sus portadas y láminas para la revista «Blanco y Negro» indican el altísimo concepto que del arte de pintar tenía el artista.

Al traerlo a colación aquí, en este estudio aproximativo al quehacer neopresionista alicantino, y más concretamente alcoyano, no solamente es de justicia por lo que Sala hizo y representó —su maestría incuestionable—, sino también por lo que pudo influir —y de hecho influyó en gran manera— en otros artistas de Alcoy, que acudieron a su casa-estudio de Madrid: Mataix o Durá, entre otros varios.

En Alcoy, hemos dicho, se crea un importante grupo de artistas aglutinados alrededor de dos importantes figuras: Laporta y Cabrera. El principal discípulo del primero —y colaborador en algunas pinturas de la parroquia de Santa María— es Camilo Llácer Muntó (1887-1921). Cabrera, que vivirá hasta 1937, consigue tanto en su domicilio particular como a través de las sesiones en la popular «Casa de la Bolla», donde imparte enseñanzas, crear un fuerte y bien cohesionado núcleo de pintores que si bien en sus inicios se recrean en temas luctuosos, anecdóticos —como Cabrera hiciera en sus comienzos—, pronto derivan hacia el luminismo cromático, el paisaje, el bodegón y el retrato, en cuyos terrenos alcanzan cotas muy espectaculares.

Dejemos aquí constancia de sus nombres, y las fechas respectivas de sus nacimientos y óbitos: Antonio Santonja Cantó (1870-1940), Adolfo Morrió Jordá (1872-1928), Adolfo Durá Abad (1875-1936), Edmundo Jordá Pascual (1877-1954), Antonio Payá Aracil (1880-1937), Agustín Espí Carbonell (1881-1940), Rogelio Solroja Juliá (1881-1937), José Romeu Vilaplana (1881-1908), Francisco Jordá Miró (1882-1961), José Mataix Monllor (1882-1952), Julio Pascual Espinós (1883-1946)...

Pero en este trabajo hemos de ocuparnos tan sólo de un pintor dotado de notables facultades, trabajador constante, consecuente con su hacer de cada día, que recibió lecciones y no pocas influencias de Emilio Sala y Fernando Cabrera, autor este último al que admiraba de una forma casi exagerada, y al que siguió en muchos aspectos a lo largo de su producción eminentemente paisajista.

Hablamos de José Mataix Monllor, cuya actividad plástica comienza muy tempranamente. Nacido en Alcoy en 27 de agosto de 1882, pronto se coloca ante un caballete, después de un aprendizaje



«Mi jardín», óleo de Mataix.

eficaz en el dominio del lápiz, el carboncillo y la plumilla; después, por tanto, de una etapa de dibujante.

A comienzos de siglo, en la Escuela Superior de Industrias figuran como profesores, entre otros, Laporta, Morrió y Cabrera. Como alumnos encontramos a Solroja, Romeu, Llácer, Pascual. Puede que Mataix acudiera a estas clases, pues en la *Exposición de Pintores* que se celebra en dicho centro en octubre de 1901 se registran varios cuadros suyos, obteniendo, además, el primer premio de paisaje por su óleo «Mariola» (3). Lo que sí sabemos con certeza es que en Madrid está Mataix bajo la dirección de Sala, y que en 1904 vive en la calle Ancha de San Bernardo, número 8. Tal año el Catálogo de la Exposición Nacional de Bellas Artes registra suyas tres pinturas: «Les dotse» —de 2'62 × 2'03—, «Últimas horas» y «Picos del Castellar», obtenien-

(2) ESPÍ VALDÉS, ADRIÁN, *Emilio Sala, retratista. Los retratos y otras pinturas suyas del Museo de Bellas Artes de Valencia*, Valencia, "Archivo de Arte Valenciano", 1973.

(3) *Exposición de Pintores en la Escuela Industrial*, Alcoy, "Heraldo de Alcoy", 10 de octubre de 1901.

do del jurado calificador una prometedora mención honorífica (4). Su permanencia en Madrid, que sepamos, no se debe a una beca o pensionado del Ayuntamiento de su ciudad natal, más bien creemos que fue deseo expreso de su padre, quien sufragó la larga estancia en la Villa y Corte durante el dilatado período de sus estudios (5). Fallecido Sa'a en 1910, regresa a Alcoy. También fallece el padre, y Mataix tiene que hacerse cargo de los negocios y actividades del progenitor. Su única ambición es «la conquista de la gloria con sus pinceles y su paleta», pero las obligaciones familiares le exi-



«Campanillas», óleo de Mataix.

gen la renuncia a la carrera artística precisamente en el momento en que su nombre comienza a sonar y a ser tenido en cierta consideración. La afición, sin embargo, le arrastra. Es así como acude a las clases de Cabrera que éste imparte en la Real Fábrica de Paños, y es entonces cuando de Mataix se dice que es «un dibujante correcto, colorista excelente. Cuanto de su pincel es obra nos ofrece el atractivo —añade un crítico— de la sinceridad y la perfección del conjunto» (6).

Paisaje, retrato —o mejor, y más ampliamente, figura—, bodegones y flores, interiores y composiciones de diversa índole, se contabilizan en su acervo creador. Ha bebido en buenas fuentes y su pintura se abre paso y va llegando, cada vez más, a manos de admiradores y clientes. «Este hombre..., que revela magnífica voluntad, tiene el aspecto de un luchador a quien la vida —tirana y exigente— obligó a batallar en campo distinto al que deseaba» (7). Su lucha es constante, su inclinación por los espacios abiertos, los paisajes de los alrededores alcoyanos, las sierras y los rincones próximos a la urbe, van a tener la impronta de la experimentación neoimpresionista: las carrascas, los pinos, las estribaciones montañosas, los algarrobos y los olivos, la suavidad de los atardeceres otoñales, la claridad cegadora de los mediodías del estío, las masas verdes de un bosque y las manchas magras, ocres y rojizas sangrantes de las tierras de labor, los celajes límpidos aun cuando cargados de nubes grises, o blancas.. Mataix esponja su alma de poeta con el paisaje y en el «natural», y éstos, el paisaje, la naturaleza, agradecidos, le devuelven el requiebro dejándose acariciar, immortalizar por él. Moltó Abad, precisamente, le define así, como «poeta del paisaje». Maneja un vocabulario plástico diáfano e inteligible para todos los públicos, un lenguaje que puede precisarse como de exuberante (8).

Ha superado Mataix una etapa que va entre el costumbrismo poetizado y un poco «modernista» —«Jugando en el Retiro» o «Nocturnas»— al realismo luminista, en cuya ejecución y estudio el pintor se ha planteado —y ha resuelto— un sinnúmero de problemas. Ahora, como resultado de este pe-

(4) BERNARDINO DE PANTORBA, *Historia y crítica de las exposiciones nacionales de Bellas Artes celebradas en España*. Madrid, Ediciones Alcor, 1948.

(5) ESPÍ VALDÉS, ADRIÁN, *Los primeros pensionados de arte del Ayuntamiento de Alcoy*. Alcoy, «Boletín Informativo Municipal», número 11, 1972.

(6) QUIRICO, *De Arte*. Alcoy, «Heraldo de Alcoy», 31 de enero de 1919.

(7) MONTÁNCHEZ, C., *Pepe Mataix*. Alcoy, «El Noticiero Regional», 22 de abril de 1927.

(8) MOLTÓ ABAD, ENRIQUE, *José Mataix*. Alcoy, «La Gaceta de Levante», número extra de abril de 1924.

riodo tal vez ecléctico, Mataix es, sencillamente, un pintor bien dotado para el paisaje, para el color, para la luz. Mientras vive Cabrera, sin embargo, se habla muy poco de Mataix. El maestro, de tan recia personalidad, está ahí, no impidiendo el paso a nadie, pero sí proyectando su elevada sombra artística sobre sus conciudadanos.

En julio del 36 estalla la guerra civil y el primero de enero del año siguiente muere Cabrera Cantó. En enero de 1944 obtiene Mataix la medalla de primera en la Primera Exposición Provincial de Bellas Artes que ha convocado la Diputación Provincial de Alicante (9). A partir de este espaldarazo público y oficial, Mataix va a prodigar sus muestras personales —iniciadas ya en los años veinte, y en la década de los años treinta— dentro y fuera de Alcoy, quizá con mayor preferencia en Valencia, donde siempre tuvo una parroquia adicta y entusiasta.

Hablando de exposiciones de los años treinta, juzgamos interesante recordar, de entre algunas de ellas, la celebrada en los locales de la Federación Industrial y Mercantil de Valencia al finalizar 1935. Entre los lienzos expuestos: «La torre de Benifallim», «Rincón de Moraira», «Ifach», «Donde el águila pena», «Barranc del Cinc», «Calle de Biar», «Subida al castillo (Sagunto)», «Flores y terciopelo», «La herrería», «La carretilla», etc. El juicio: «Bella, magnífica, de trazo seguro, de efectos ecuánimes y justos, matizando los contrastes de luz de forma maestra, tiene la pintura de Mataix contenido, sabor a verdad, sencillo y expresivo. El éxito de esta manifestación artística —dice el crítico— estriba en haber encontrado un pintor que interpreta la naturaleza sin concesiones onerosas. Esas notas de color representadas en sus cuadros... revelan el temperamento levantino de Mataix, que capta la luz y la esclaviza a las exigencias de su paleta, convirtiéndolas en una sinfonía de colores que producen daño a los ojos si mucho se las mira». El remate de la glosa dice así: «Con lo dicho basta para reflejar la impresión que el hombre y el paisajista nos han producido. La obra expuesta es francamente cotizable...» (10).

Otra crítica, de esta misma exposición celebrada en Valencia, alaba con la misma intensidad —y hasta sinceridad— a José Mataix, si bien hace ver al lector la relación —estrecha, por demás— existente entre el pintor y su maestro Cabrera: «...se observa una paleta francamente colorista de toque gracioso, cuidado y suelto a la vez. Paisajista de buen gusto que sabe elegir los asuntos y entona con habilidad sus cuadros. Graciosos son los verdes de los paisajes de José Mataix, sin llegar a concesiones de halago..., pero siempre dentro de un malabarismo de policromía preciosista...» (11).

Pero Mataix, lo hemos insinuado, se crea el gran nombre que llegó a tener y que hoy, a más de veinte años de su muerte, creemos verle y reconocerle, en los años cuarenta, los de postguerra. En la exposición que celebra en octubre de 1946 en el Círculo Industrial de Alcoy logra el aplauso general: «Nos dicen que los pinceles en sus manos no envejecen con los años, antes al contrario tienen una savia nueva, fecunda, captadora fiel de la naturaleza, que satisface plenamente la sensibilidad del espectador...» (12).

Al finalizar 1947 celebra una exposición en Bilbao, pero antes de hacerlo, el periodista Rafael Coloma le entrevista en el obrador, y Mataix habla ampliamente de sus comienzos, sus preferencias y los resultados a los que cree haber llegado. Indica que su primera obra fue un dibujo, a los ocho años, de «Lucero», una borrica familiar. Luego, niño todavía, lecciones de Emilio Sala y de Cabrera, si bien siempre «he pujado —dice— por hacerme el estilo propio». Su primera exposición, a los veinticinco años, en 1907. Confiesa que desde entonces tiene realizadas unas dos mil quinientas obras. La mayoría de ellas en colecciones alcoyanas, en Madrid, Barcelona, Valencia y últimamente Bilbao.

Pero al margen de estas notas —extremos de su vida y de su arte que necesitábamos saber— quizá lo más importante de la entrevista sea la impresión que al periodista le ofrece Mataix en aquel presente histórico: «...Destaca en primer plano el «Jardín» de la casa de Mataix, en una variadísima gama de verdes; una alquería donde el pincel ha perpetuado un mediodía bochornoso; un finísimo paisaje con un almendro florido vibrante..., una estampa de nieve... Tiene la pintura de Pepe Mataix hoy una vigorosidad como jamás la han tenido sus lienzos. Cada cuadro suyo —sigue el entrevistador— es hijo de un meticuloso estudio de composición...» (13).

La exposición de 1951, en los primeros días de febrero, en el Círculo de Bellas Artes de Valencia,

(9) *Catálogo de la Exposición Provincial de Bellas Artes instalada en el salón de actos del Palacio Provincial. Enero 1944*. Alicante, Imp. Llobregat, 1944, pág. 7; figuran los tres óleos siguientes: «El dibujante», «Cortesía» (paisaje) y «Un vaso de agua» (bodegón).

(10) CASTRO CONCA, JOSÉ, *En la Federación Industrial y Mercantil: Exposición Mataix*. Valencia, «El Pueblo», 21 de noviembre de 1935.

(11) ALMUNIA, JOSÉ LUIS, *El pintor alcoyano José Mataix, en la Federación Industrial y Mercantil*. Valencia, «La Voz Valenciana», 22 de noviembre de 1935.

(12) *La exposición de Pepe Mataix en el Industrial*. Alicante, «Información», 11 de octubre de 1946.

(13) *Mataix*. Alicante, «Información», 29 de noviembre de 1947.



"Paisaje", de José Mataix



«La alqueria», óleo de Mataix.

que reúne treinta y una obras, es exponente de la madurez de su arte que se entiende como «constante» pictórica alcoyana, muestra evidente de una «escuela tradicional» que la crítica valenciana define como «sin solución de continuidad». Se advierte en Mataix un acusado «cabrerismo» —de cuya pintura es «relativamente tributario»— en los paisajes de montañas, si bien, y pese a todo, se descubren en la exhibición del Círculo de Bellas Artes obras de «apreciable originalidad, a la vez que de consistencia artística» (14).

De otra exposición personal, ésta de 1952, año en que fallece el pintor, son otros juicios vertidos en la revista «Ribalta»: «Mataix Monllor trabaja,

pinta sensatamente sin desmentir la noble genealogía de la mejor escuela, de la viva tradición valenciana y, en fin de cuentas, ecuménicas... Su obra es extensa; un libro está reclamando. De su calidad tibia y fausta he aquí una breve muestra —todos los géneros— del admirable pintor», y en la revista se insertan las siguientes reproducciones de óleos suyos: «La casa de Fullana» y «Encanto invernal», de gran contenido plástico, en línea, sin duda, con obras de Pissarro y Sisley; «El estudian-

(14) *Exposición de José Mataix Monllor*. Valencia, «Levante», 3 de febrero de 1951.

te», estudio magnífico de la figura; «Descanso» y «Bodegón», este último más «amarrado» aunque en relación con temas parecidos emanados de realizaciones de Cézanne. «Ya en la Bienal de Valencia —indica el crítico—, Mataix Monllor precipitaba las opciones con sus obras por esta limpia representación y empastación cromática; por esta su nítida ponderación de masas y claroscuros y aún por el sentido intencional de insistencia en los detalles justos y necesarios» (15). Un tanto confusas nos resultan, hoy, tales palabras que creemos de José María Bayarri, director de dicha publicación y, según hemos podido constatar, amigo personal del pintor de Alcoy, al que admiraba sinceramente, y al que dedicó algunas palabras, no muchas, en 1967, bastantes años después de la muerte del artista (16).

En la parcela «alcoyanista», y queremos decir exclusivamente centrada en el tema de la fiesta de Moros y Cristianos dedicada a San Jorge, José Mataix dejó también —como Laporta, Cabrera, Julio Pascual y tantos otros pintores— su quehacer. Conocemos por fotografías y diferentes reproducciones, pues el original fue destruido en 1936, un óleo representando a San Jorge a caballo, delante del grupo de los merlones de la fortaleza que simula ser las antiguas murallas de la villa, atacando a la morisma que intenta cercar la población, lienzo que fue encargo expreso de la junta directiva de la Asociación del santo, y que durante algún tiempo estuvo en la secretaría de dicha entidad. Realizó Mataix viñetas, dibujos e ilustraciones para las publicaciones anteriores al conflicto bélico civil, así como el bellísimo cuadro que se ha adquirido recientemente para la pinacoteca del Casal de Sant Jordi, titulado «Chano» o «Moro Chano» y que representa a un «individuo» de esta centenario «filà» con su atavío antiguo. Sabemos que la figura del árabe es la suya propia, si bien la cara pintada, las facciones no lo son. El fondo del cuadro —quizá lo mejor de la obra— nos recuerda algunas ilustraciones de Sorolla utilizadas para ambientar ciertas leyendas y poemas de Zorrilla, publicados que fueron en la prestigiosa revista «La Esfera», o quizá ciertas composiciones del conocido pintor andaluz, durante tantos años afincado en el norte de Marruecos, Mariano Bertuchi (17). También es autor del diseño «Moro de la Llana».

Mataix, hemos indicado en otra parte de esta rápida semblanza, ha estado en los últimos años

latente en ánimo de coleccionistas y catadores del arte pictórico. Su obra se ha revisado y, sin apasionamientos, se ha visto lo que de positivo tiene y lo que de mediocre presenta. El resultado del examen ha sido altamente interesante. Su filiación «cabrerista» es innegable —por otra parte, jamás la negó el pintor, sino que se sentía orgulloso de ella—, y su técnica jugosa, pletórica de color, condiciona su trabajo. Mataix fue, por encima de cualquier otra cosa, un paisajista con «garra», pintor directo, sin intermediarios, cuantas veces tuvo que llevar a la tela panorámicas de pueblecillos o pormenores de lugares: bosques, caminos y vaguadas, picos y riscos agudos y afilados, molinos y masías, cercados de bancales o de huertos..., volcando en cada obra, en cada pincelada diríamos si no temiésemos caer en la frase hecha y el lugar común, una delicada exquisitez y un hondo sentimiento.

Por esta razón en los últimos años se han celebrado dos exposiciones de José Mataix de carácter sino antológico, sí, al menos, con sentido e intención de dar a conocer su rica paleta. La primera en octubre de 1969 en la sala Braulio de la capital del Turia (18). La segunda, en Galería Devesa, de Alicante (19). Ambas muestras sirvieron para tomar conciencia, directa, con la estética de este buen pintor, fecundo y un tanto monográfico, que, desde luego, y a la vista de su producción, debe tenerse en consideración a la hora de escribir la historia del arte valenciano contemporáneo.

(15) *El pintor Mataix Monllor*. Valencia, "Ribalta", febrero-marzo de 1952.

(16) BAYARRI, JOSÉ MARÍA, *Historia de l'art valencià...* Valencia, Ediciones Bayarri, 1967.

(17) ESPÍ VALDÉS, ADRIÁN, *Los artistas y la Fiesta: José Mataix Monllor*. Alicante, "Información", 5 de abril de 1973.

(18) PEDRO ANTONIO, *José Mataix Monllor, en Braulio*. Valencia, "Levante", 26 de octubre de 1969. BERNABEU, L. P., *Exposición Homenaje Póstumo al ilustre pintor alcoyano Mataix Monllor, en Valencia*. Alicante, "Primera Página", 30 de octubre de 1969.

(19) ESPÍ VALDÉS, ADRIÁN, *José Mataix Monllor (1882-1952)*. Valencia, "Valencia Atracción", marzo de 1970. *Homenaje a Pepe Mataix*. Alcoy, "Ciudad", 3 y 17 de abril de 1970.

ADRIAN ESPI VALDES